

¿REVOLUCIÓN BOLIVARIANA?

Jorge Rivadeneyra¹

Sin duda, también las palabras se desgastan a causa del uso, como los zapatos o el Código de Hammurabi. Pero certificar que el desgaste es la debilidad de la existencia es una forma de atestiguar que el tiempo pertenece al género de los roedores insaciables, sin tener en cuenta que no sólo las palabras pierden vigencia, sino que también las instituciones nacen y mueren a causa de la transformación de las relaciones sociales. Tómese en cuenta que este concepto incorpora no sólo el uso y el tiempo, sino la historia.

Y tanto rodeo sólo para poder afirmar que esto mismo ha ocurrido con la palabra revolución.

Si se acude al diccionario para precisar su significado, te encuentras con que la palabrita ésa, revolución dizque, se refiere a numerosos aspectos de la actividad humana, y hasta extra-humana, como cuando se alude a las revoluciones de galaxias, soles, planetas.

¹ autor de este mini-ensayo, es profesor de Filosofía Política del Doctorado en Ciencias Sociales, de la UCV. Ha escrito y publicado varias novelas, cuentos y ensayos.

Pero en este caso se está hablando de movimientos de rotación, traslación y muchos otros, diecisésis en total, de acuerdo a los científicos de la astronomía.

Polisémico el vocablo. En cualquier momento vienen por ahí los que saben de historia y te hablan de la *revolución copernicana* que quiere decir, entre otras cosas, que no es el sol el que gira alrededor de la tierra, sino viceversa; o te pegas un susto cuando el profesor se refiere sin inmutarse a la *revolución inglesa*. ¿Revolucionarios los ingleses? ¡Qué cosas dicen! Y en medio de las risitas te vas enterando que los ingleses a lo largo de la modernidad han desempeñado un papel parecido al de los griegos de la antigüedad, gracias a fastigiosos fulanos como Hobbes, Newton, Shakespeare; también por la invención del telar mecánico y unas máquinas movidas por el vapor de agua, que a su vez movían barcos y lo que con el tiempo se ha venido llamando trenes. ¿Qué tal?

Es decir que entre tantas revoluciones, lo que queda claro es que se trata de transformaciones radicales que algunos han tratado de suavizar inventando los conceptos de evolución o de progreso por eso de que ni la naturaleza ni la sociedad se transforman mediante saltos. Pero para otros, los que quieren enfatizar, revolución sería aquello que modifica sustancialmente la existencia, como cuando Prometeo robó el fuego de los dioses para

regalárselo a los hombres, y los dioses, para vengarse, dijeron a los humanos, está bien, ya tienen el fuego, pero de aquí en adelante serán los portadores de la esperanza ciega. De donde resulta que revolución también significa la esperanza, pero no como el próximo jolgorio del domingo, sino como castigo.

A pesar de todo aquello, hasta aquí el viento está en calma. Pero la zozobra comienza cuando la palabra revolución se instala en el campo de lo político que no sólo es la política a secas sino también la economía, las instituciones, la cultura, vale decir las formas de la conciencia, la inconciencia y los llamados valores. Y como lo que abunda no daña, de acuerdo a los juristas romanos, se puede deducir que revolución quiere decir primerisamente la libertad del hombre, la justicia y su dignidad.

El diccionario y otros textos, como ése que escribió un amigo de la infancia, inédito debido a que murió antes de diligenciar su publicación, insisten en que revolución significa transformación violenta de instituciones como el Estado, y el Derecho, desde luego, porque este último es un regulador del uso de los medios de producción, como la tierra, el capital y trabajo, así como la distribución de lo producido. Los susodichos libros ponen el ejemplo de las revoluciones norteamericana, la francesa y la soviética. Revoluciones de tiros y tambores contra el

orden establecido. Sucesos estelares, vea, tanto que de ahí dedujo Marx eso de que *“la violencia es la partera de la historia”*.

Claro, violencia no sólo significa degollina, paredón, dinamita y guerrillas. Weber, por ejemplo, define el poder del Estado como el uso legítimo de la violencia, y Nietzsche, a lo largo de su *“Voluntad de Poder”* dice que sólo el esclavo concibe el poder como el resultado de un combate, y que la voluntad de poder es la afirmación de la propia diferencia, que se solaza con esa diferencia. ¿Y Foucault? Bueno, en su extensa obra demuestra como la sociedad y sus instituciones ejercen sutiles formas de violencia en lugares increíbles, como el hospital, la escuela, los tribunales de justicia. Y eso sin mencionar el principio de la realidad, de Freud, o los *mass media* de Adorno y Marcuse.

América Latina no inventó ni la guerrilla ni las revoluciones, pero aquí se aclimataron, y ha habido unas muy ruidosas, prometedoras y altamente significativas porque han sido como siembras para que germinen las semillas de la sacralidad del ser humano. Esas revoluciones se llamaron *“Guerra de Independencia”*, ¿te das cuenta?, guerras de liberación del yugo colonial. Y no te digo quienes la concibieron y dirigieron porque ese es un saber muy re-sabido. ¿Y qué me dices de la Revolución Mexicana? Tuvo lugar a principios del siglo XX, un poco antes que la revolución soviética.

Fue una revolución de campesinos sin tierra, acaudillada por otros campesinos, como Pancho Villa y Zapata. Claro, después de tanto heroísmo, de tanta inventiva, de tantas coplas y corridos, de tantas novelas, murales y *octaviospaces*, los generales victoriosos reinauguraron el latifundismo, como lo cuenta, por ejemplo, John Reed en dos libros llamados "Méjico Insurgente" y "Villa y la Revolución", y más recientemente Carlos Fuentes en "La Muerte de Artemio Cruz".

Con esos antecedentes, ya se puede afirmar que la más radical, la más renombrada y la más frustrada de las revoluciones latinoamericanas ha sido la de Cuba. Una revolución vistosa, bailable, fíjese con cuidado; allí, el Che Guevara acuñó eso de que "cuando una revolución es verdadera, se triunfa o se muere". Allí los revolucionarios no sólo leían El Capital, de Marx. Bailaban pachanga y el himno nacional, filmaban películas, escribían libros y hacían el amor. Engalladísimos, desde allí desafiaron al *imperio usano* con la consigna de "patria o muerte". Y el Imperio, para contratar, inventó la política del bloqueo a fin de asfixiar a la revolución, para que no se vean sus frutos, con el propósito de que se rindan los comandantes. Y Fidel Castro, nada de eso señores, y nunca se rindió, ni siquiera cuando los mercenarios del imperio intentaron invadir la Isla. *La comandancia de la revolución no admite renuncias*, dicen que dijo.

No obstante, corroborando aquello de que las palabras doradas poco a poco muestran el cobre, en América Latina se viene llamando revolución a cualquier cuartelazo, a un cambio de gobierno por la sencilla razón de que propicia alguna reformita. Así las cosas, cabe preguntarse si la *Revolución Bolivariana*, democrática y pacífica, es una revolución, una verdadera revolución, y en caso de serlo, cuáles son las posibles metas de la misma. Y a manera de prefacio de lo que vamos a ver, acaso valga la pena recordar que en uno de sus "zapatazos", Pedro León Zapata publica una caricatura donde Marx dice: "Si es que las cosas van a quedar como están, la revolución puede ser pacífica".

Como es sabido, el chavismo, ornamentado con el nombre de bolivarianismo, se inició con el juramento bajo el samán de Güere de un grupo de jóvenes oficiales del Ejército Venezolano. El siguiente paso fue un intento fallido de golpe de Estado, que curiosamente fue la rampa de lanzamiento de la figura de Chávez, de su candidatura presidencial y de su abrumadora victoria con el voto de los sectores populares preteridos inmemorialmente.

La campaña electoral se realizó con el *slogan* de la anticorrupción, institucionalizada principalmente por Acción Democrática y COPEI, que como fundamentales suscriptores del denominado "Pacto de Punto

Fijo", se turnaban en el ejercicio del poder. El triunfo de Chávez no sólo fue una apabullante victoria electoral; también destrozó casi por completo a los partidos políticos derrotados, y con una legislatura mayoritaria elegida en un referéndum, elaboraron una nueva constitución llamada de la *Quinta República*, para que se note la diferencia con la corrupta *Cuarta República*. A continuación cambiaron algunos nombres de viejas instituciones, y al Congreso Nacional le rebautizaron de Asamblea Nacional, y en vez de Corte Suprema de Justicia hoy en día se llama Tribunal Supremo de Justicia.

Hasta aquí la revolución bolivariana consistió en modificaciones que podían haberse realizado mediante modestas reformas y enmiendas negociadas entre las distintas fuerzas legislativas.

Así que nada de libertad, nada de justicia y de dignidad del venezolano. En suma, una revolución que ha reforzado una especie de caridad presidencial para con sus adeptos en vez de fundamentar una cultura del trabajo, del desarrollo de las potencialidades creadoras del hombre.

Esta orfandad de proyectos medulares ha sido sustituida por un discurso providencial cada vez más agresivo, sustituyendo el proyecto con insultos contra el neoliberalismo salvaje, la cuarta república y la oligarquía, como si aún no

hubiese terminado la campaña electoral; también se discurseaba contra el Fondo Monetario Internacional, sin perjuicios de pagar puntualmente las cuotas de la deuda externa; contra la corrupción de antes, haciéndose de la vista gorda ante la corrupción de ahora, desatada por notorios colaboradores del gobierno.

Con esas arengas palabrerías atacó al imperialismo y llegó, incluso, casi a proclamar un socialismo sin socialismo. Pero ese discurso ha encendido las esperanzas de buena parte de las masas populares. Esa manera de zaherir ha determinado, curiosamente, la caída de una máscara que durante muchos años se llamó *la democracia social de Venezuela*. Consistía en que el mensajero podía tutearle al gerente. Con esa *ideología*, los sectores eternamente pobres creen que son posibles los cambios revolucionarios de su existencia.

El socialismo sin socialismo que Chávez pretende imponer a la fuerza demuestra que desconoce totalmente a Lenin: este bolchevique victorioso insistía en la persuasión en vez de la imposición y en la objetividad de las condiciones que permiten o no impulsar una revolución. Y Stalin llamaba provocadores a quienes intentaban ir más allá de esas condiciones objetivas, y los hacia fusilar porque *objetivamente estaban al servicio del enemigo*.

Además, es lamentable que los camaradas que rodean al caudillo también no hayan leído a los grandes marxistas, o que ya los hayan olvidado, contribuyendo servilmente a la trivialización de Bolívar y a un desate del odio contra Fidel Castro, que hasta hace poco, durante la Cuarta República, siempre fue bien recibido en Venezuela.

Pero la llamada oposición, tampoco tiene ningún proyecto, ni siquiera como cuento de camino. Se contenta con calificar al chavismo de castro-comunismo.

Tómese en cuenta que la revolución chavista no ha mellado siquiera el aparato del Estado. Su burocracia, es decir los especialistas en la administración, por ejemplo, sigue conformada por miembros y simpatizantes de la llamada IV República, quienes, debido a su ideología, son enemigos embozados de la revolución real o supuesta.

A pesar de que sus arengas jamás plantearon que la revolución pacífica tenía como propósito el infinito camino hacia la liberación del hombre, hacia su dignificación como un acto de justicia histórica, sus numerosos seguidores intuían que esa era la meta de la revolución bolivariana, ésa y no sólo la construcción de casitas desperdigadas, el obsequio de bolsas de comestibles, es decir pan y vivienda sin el esfuerzo de ganárselo mediante el trabajo creador; un populismo ram-

pante que esperaba todo de su Mesías. Un discurso de la izquierda del siglo XX, vea usted, olvidando que “*los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y han sido legadas por el pasado*” (Marx, 1973, 408).

Las circunstancias no elegidas constituyen “objetividades” que deben ser analizadas, intuidas, adivinadas, tanto más que esas circunstancias no sólo son la herencia nacional, sino muy acentuadamente las condiciones del mundo contemporáneo, habida cuenta de que no se trata únicamente del proceso de la globalización, sino de la omnímoda hegemonía del imperio que derrotó al socialismo, con una tecnología poderosa de vigilancia y destrucción.

En el mismo texto, un ya olvidado Marx anota que “*las tradiciones de las generaciones muertas oprimen como una pesadilla el cerebro de los seres vivos. Y cuando éstos se dedican a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en las épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio el espíritu del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje para, con el disfraz de vejez venerable y un lenguaje prestado, representar*

las nuevas escenas de la historia" (Ibid., 408).

Así, la revolución pacífica bolivariana ha invocado a Bolívar, olvidando que la gesta del "pequeño capitán valiente" tuvo lugar a principios del siglo XIX cuando el único poder imperial en decadencia era España, cuando un nuevo imperio, el de Estados Unidos, aún estaba en pañales; mire no más, pero anunciando su poder naciente con la Doctrina Monroe.

Si no se toman en cuenta estas circunstancias se puede hablar sobre la revolución mientras los "verdaderos caudillos" se encuentran en las transnacionales, en el FMI, en el poder ejecutivo y el congreso de Estados Unidos.

Ya se sabe, muchas veces las ideas andan a la zaga de los acontecimientos; por eso, la conciencia revolucionaria, su poesía, su cultura no pueden venir del pasado sino del futuro que aún no existe. "Todo tendrá que ser reconstruido, inventado de nuevo. Y los viejos mitos, al reaparecer de nuevo, nos ofrecerán sus conjuros y sus enigmas con un rostro desconocido (...) Si una cultura no logra crear un tipo de imaginación, en cuanto sufriese el acarreo cuantitativo de los milenarios sería toscamente indescifrable" (Lezama Lima, 1969, 16-17). Claro, en sentido estricto, esta afirmación no se refiere sólo a la cultura, sino a la creación de puntos de partida revolucionarios que no son únicas-

mente discursos sino proyectos, estructuración de alianzas, siguiendo la huella, ahora sí, de ese campeón de la unidad que se llamaba Simón Bolívar.

Hay que forjar, pues, todas esas cosas que hacen los buenos capitanes para que no se hunda el barco. A eso le llaman "acomodar las cargas en el camino". En caso contrario, sólo queda el milagro, la magia y la fantasía del mesianismo, porque en los recovecos más insólitos se encuentran otras voluntades planeando la resistencia, la lucha para restaurar *la Cuarta República*, el viejo orden, ¡caramba!

Galbraith, en su "Anatomía del Poder" dice que el poder es la organización, donde organización no sólo quiere decir un determinado orden, sino formas de conciencia. En este sentido, organización no es contar con el apoyo real o ficticio del Ejército Nacional, con unos cuantos ministros simpatizantes del caudillo, con grupos populares predisuestos mayormente al saqueo. Si los camaradas leen o releen "El Manifiesto Comunista", deben tomar nota que Marx teorizó acerca de la lucha de explotados contra explotadores, no de pobres contra ricos, como si la pobreza fuese producida solamente por la riqueza. Con esas proclamas populistas y con ese tipo de organización, la única perspectiva es la derrota después de la cual los dirigentes acusaran al pueblo y el pueblo a los dirigentes. "Los demócratas creen en las trompetas

cuyo toque había derribado las murallas de Jericó. Y cuantas veces se enfrentan con las murallas del despotismo, intentan repetir el milagro" (Marx, 436).

Acosado por la oposición y el imperio usano, incapacitado de implementar medidas que restituyan la confianza del capital, a Chávez todavía le quedan dos recursos, a saber, desatar la represión, o aliarse con sus enemigos. Se trata de un recurso de vieja data: Stalin lo hizo con Hitler, en nombre de la revolución.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lezama Lima, José (1969), *La Expresión Americana*, Universitaria, Santiago de Chile.
- Marx, K. (1973) "Dieciocho Brumario", Tomo I, Ed. Progreso, Moscú.

RESEÑA

Sary Levy C. Rubén Alayón Monserrat (2002), *Miradas y Paradojas de la Globalización*, Caracas: Banco Central de Venezuela, Colección Económico-Financiera, 173 págs.

Las visiones de dos profesionales persiguen desentrañar las complejidades de la globalización, ese fenómeno multidimensional presente en la sociedad mundial en ciernes, que paulatinamente ha venido

suplantando a la sociedad internacional por otra en la cual se pretende homogeneizar al género humano y su accionar.

Cada uno de los autores mira y analiza la estructura y dinámica del fenómeno desde sus cercanas pero distintas disciplinas. La economía en el caso de Sary Levy, le provee de las herramientas para sus reflexiones y juicios, mientras que la sociología cumple igual misión en el caso de Rubén Alayón.

Nuestra impresión de lector es la de una obra integrada por dos textos paralelos que aún cuando se complementan, resultan sendos libros sobre el mismo tema pero que mantienen miradas independientes, la del economista y la del sociólogo, sin alcanzar la fusión en un discurso interdisciplinario en el cual se reuniera y relacionara los dos cuerpos de categorías conceptuales mediante la adopción de una perspectiva teórica y metodológica única, que los condujera hacia una sola mirada examinadora de las paradojas inmanentes en la globalización.

Entendemos el perfil de la obra reseñada en esta nota, como el valioso resultado de un esfuerzo multidisciplinario para observar, explorar, interpretar y meditar acerca de un objeto de estudio en boga en el cual se concentra la atención pública en general y la de expertos inscritos en distintos campos del saber.

La atracción ejercida por este hoy popular objeto de estudio y de opinión, ha generado encendidas confrontaciones y una pléthora bibliográfica que acoge infinitas interpretaciones, desata interminables polémicas y alberga grandes pasiones pero sin llegar a un consenso acerca de la definición del fenómeno, ni tampoco respecto a sus efectos positivos o negativos para las economías y sociedades nacionales.

El libro de Levy y Alayón se inicia con una revisión comentada de varios autores que han incursionado en el tratamiento de la globalización como fenómeno e intentado su caracterización así como su relación con el sistema capitalista o con manifestaciones particulares del mismo como lo son la modernidad, la evolución del estado-nación o la innovación tecnológica.

Luego se abre otro capítulo "...sobre la dimensión económica de la globalización..." (p.35), con especial atención a los cambios en la tecnología que dan origen a industrias de punta en el campo de la información y comunicación, occasionando espacios virtuales de negociación y comercialización, transformaciones cualitativas en el redespliegue industrial, en las modalidades de valorización del capital, en la estructura del empleo y en los mecanismos de intercambio, así como en los bienes y servicios que son objeto de él en un mercado predominantemente virtual dentro de una "...economía sin fronteras,

como sustitutiva de economías nacionales ..." (p.37). Culmina el capítulo destacando la hegemonía financiera y el desplazamiento de los sujetos que tienen el control trasnacional en un ámbito de gran volatilidad y de alto riesgo.

Un lenguaje inteligible, una exposición coherente y el soporte de una bibliografía cosmopolita, calificada y extensa, sirven de cualidades formales a un libro que reflexiona acerca de la cultura de nuestro tiempo y de cómo los nuevos conocimientos, los avances de la tecnología, los rediseños organizativos de los procesos económicos repercuten en la reestructuración laboral de la ocupación, en las formas de comercio, en el desempleo, en la distribución desigual de la riqueza y en la proliferación de la pobreza. Para culminar, se formula un diagnóstico de la economía de Venezuela contemporánea, con las especificidades que le son inherentes dentro del sistema globalizado. Sistema con aspiraciones a ser mundial y excluyente respecto a otras manifestaciones históricas todavía sobrevivientes del capitalismo.

El volumen en cuestión contiene una presentación de Armando León Rojas, Director del Banco Central de Venezuela y Coordinador de la Comisión de Cooperación Interinstitucional del BCV, que tiene entre sus principales objetivos el acercamiento e intercambio con las Universidades, siendo el presente libro

unas de las concreciones de la cooperación en aras de promover, estimular y difundir el pensamiento económico de autores venezolanos o venezolanistas.

La actualidad y presencia del tema en la literatura económica, unido al rigor con que los autores abordan y desarrollan su estudio, hace imprescindible la lectura y análisis de este libro.

José Moreno Colmenares.